



CAPÍTULO I

La amante del doctor Riglos

La misa recién comenzaba y las voces se alzaban para cantar el *Kyrie eleison*. Laura Escalante lo entonaba con gusto, movida por su inclinación al canto más que por devoción religiosa. El coro de niños y los acordes dramáticos del órgano, que inundaban las naves de la Catedral Metropolitana, la llevaron a aceptar que, después de todo, doña Luisa del Solar había tenido razón de oponerse a conmemorar el segundo aniversario de la muerte de Julián Riglos en la capilla de la baronesa, como se conocía a la capilla de la casa de la Santísima Trinidad, mandada a construir por la bisabuela de Laura, María del Pilar Laure y Luque, esposa de Abelardo Montes, barón de Pontevedra. Aunque la calle ya llevaba el nombre de San Martín, a la mansión de los Montes los porteños seguían llamándola de la Santísima Trinidad.

—Querida —había interpuesto doña Luisa días atrás—, ¿cómo piensas reunir a toda la gente que concurrirá al aniversario de Juliancito en la capilla de la baronesa, que, apretados, sólo admite una veintena de personas? Sabes lo querido y apreciado que era, todos sus amigos querrán estar allí, amén de tus parientes, los míos y los de él.

A pesar de que Julián Riglos había vuelto a casarse luego de la muerte de Catalina del Solar, para doña Luisa seguía siendo Juliancito, su adorado yerno. Que lo hubiera hecho con Laurita Escalante exaltó el cariño y buen concepto que le tenía. Por eso, la matrona porteña se creía con derecho a hacer y deshacer cuando de honrar la memoria de Juliancito se trataba, y Laura la dejaba. Doña Luisa del Solar, ubicada junto a ella en la primera banca, entonaba las estrofas del *Gloria* con voz chillona y disonante, pronunciando pésimamente el latín; pero no se amilanaba, por el contrario, desplegabla la seguridad y la

prestancia de una soprano. Laura se llevó el abanico a la boca para ocultar una sonrisa; después de todo, nadie habría aprobado que la viuda riera en la misa por su difunto esposo.

De hecho, las amistades y conocidos de Laura Escalante estaban curados de espanto, y si la joven viuda se hubiese echado a reír a carcajadas mientras el sacerdote pronunciaba el sermón, no se habrían sorprendido. Escandalizado, sí, pero no sorprendido. De la Escalante esperaban cualquier cosa. ¿Acaso no había dado de qué hablar exactamente dos años atrás al negarse a usar el luto cuando falleció su esposo Julián? Todos achacaban la decisión a la frialdad con que siempre lo había tratado. Lo cierto era que Laura encontraba absurda la imposición y el negro, de lo más desagradable.

—El negro nunca me ha sentado y no voy a andar mal arreglada porque a la sociedad se le ocurra que ése es el color con el que se honra a los muertos. Yo honro a Julián en mi corazón por el cariño que le tuve y lo recordaré siempre en mis oraciones, a pesar de lo tormentoso que fue nuestro matrimonio —manifestó el día en que sus tías y su abuela le propusieron mandar a teñir los vestidos.

De todos modos, se cuidó de llevar los colores despampanantes a los que tenía acostumbrados a sus amigos, y limitó el guardarropa a discretas tonalidades malva, gris y marrón. Tampoco usó joyas dispendiosas sino clásicas perlas. Esa tarde, para la misa, eligió cuidadosamente el vestido, en tafetán de seda púrpura, con cuello y puños en encaje negro. A pedido de Magdalena, su madre, le indicó a la modista que lo confeccionara sin escote, completamente cerrado, a pesar de que era enero y el calor, insoportable. Había elegido un collar y unas arracadas de amatistas, y lucía en la mano izquierda el brillante del tamaño de un garbanzo que Julián le había obsequiado meses después de la boda y que ella jamás usó en vida de su esposo. Como siempre, bajo el vestido y prendido con un alfiler de oro a su justillo, llevaba un guardapelo de alpaca.

Con disimulo, Laura dirigió la mirada hacia el ala derecha de la Catedral, donde se hallaban ubicados en la primera banca algunos de los mejores amigos de Julián. Repasó esos rostros familiares con detenimiento ahora que todos parecían atentos a la homilía de monseñor Mattera. El primero, Nicolás Avellaneda, que desde el 74 ostentaba el título de presidente de la República Argentina, una posición con nombre rimbombante y realidad más bien inestable, continuamente

amenazada por alzamientos provinciales y traiciones partidarias. A Laura le gustaba Nicolás Avellaneda, y en varias ocasiones habían conversado y acordado acerca de la imperiosa necesidad de combatir el analfabetismo, tarea que la mantenía ocupada gran parte del tiempo. El último censo había arrojado un guarismo alarmante: en la Argentina, el setenta y uno por ciento de los habitantes no sabía leer ni escribir. Esto había disparado una serie de medidas destinadas a aniquilar ese mal, en especial durante el gobierno de Sarmiento, cuando Avellaneda era ministro de Instrucción Pública. Laura pensó: “Esta noche le preguntaré a Nicolás si cree que se ha conseguido disminuir ese setenta y uno por ciento”, porque esa noche los más íntimos estaban invitados a cenar en la casa de la Santísima Trinidad.

Junto al presidente, se encontraba su ministro de Guerra y Marina, el general Julio Roca, a quien Laura había conocido en Ascochinga en el 73, como el esposo de una aristócrata cordobesa, una de las Funes Díaz, Clara, pacata y melindrosa en opinión de Laura, irremediablemente enemistada con la sociedad de Córdoba que tan mal había tratado a su tía Blanca Montes. Con Roca, sin embargo, la atracción había sido mutua. Laura no sólo lo encontraba seductor, sino irreverente y seguro de sí, lo que lo convertía decididamente en alguien de su interés. Aunque no se lo había confesado siquiera a María Pancha, estaba segura de que si le hubiese dado pie, Julio Roca le habría propuesto convertirla en su amante. Roca desvió la mirada hacia ella y sus ojos se encontraron momentáneamente, hasta que el ministro apenas sesgó los labios en una sonrisa artera y Laura bajó el rostro; se había puesto colorada.

Trató de concentrarse en el sermón, pero un movimiento furtivo entre las columnas de la izquierda atrajo su atención. La reconoció de inmediato, aunque iba completamente de negro y con una mantilla de ñandutí sobre la cara. Se trataba de Loretana Chávez. El año anterior, a pesar de que no habían anunciado la misa en la sección de sociales, Loretana también había asistido, aquella vez, a la iglesia de San Ignacio. Laura lo comentó con María Pancha, que, sin inmutarse, manifestó:

—Fui yo quien le avisó a Loretana de la misa por el doctor Riglos.

Laura miró de hito en hito a su criada, que, con la misma parsimonia, explicó:

—Tú le debes mucho a esa mujer, que gracias al amor que le brindó al doctor Riglos, te hizo el matrimonio más llevadero. ¿O piensas que Riglos te habría dejado tan tranquila si no hubiera tenido otra que lo apaciguara? Aunque él nunca se enamoró de ella, sabía que ella estaba ahí, aguardándolo siempre, y eso era suficiente para llenar el vacío que tú no tenías pensado ocupar.

—Ahora ella es una santa y yo debo estarle agradecida —se enfureció Laura.

—En cierta forma, sí.

—¡Pues la odio!

María Pancha no insistió, al tanto del motivo que alimentaba ese encono, que en nada se relacionaba con los cuatro años de amoríos de la pulpera con su esposo.

La mirada de Loretana se tropezó con la de Laura Escalante, y enseguida volvió a ocultarse detrás de la columna. La ira y el desprecio inundaron a Laura, que se abanicó enérgicamente. Clavó la vista en monseñor Mattera y, aunque simuló apreciar las palabras de encomio que el obispo prodigaba al difunto doctor Riglos, le llegaban como un sonido distante y ajeno. Sus pensamientos habían regresado a la casa vecina al polvorín de Flores, un sitio apartado del centro de la ciudad donde Julián había instalado a Loretana; allí la visitaba casi a diario.

Esa mañana a principios de enero del 77, particularmente bochornosa, Julián se quejó de un fuerte dolor de cabeza y Laura, durante el desayuno, lo obligó a beber las famosas gotas de Hoffmann que, según tía Carolita, eran furor en París para combatir jaquecas. Julián partió hacia el bufete, como de costumbre, y Laura no volvió a pensar en él, como de costumbre. Horas más tarde, mientras la casa de la Santísima Trinidad dormía la siesta, insistentes golpes de aldaba en la puerta principal sacudieron del letargo a sus integrantes. Un muchachito con aspecto de indigente le explicó a María Pancha que sólo hablaría con la señora Riglos. Laura, que escribía en su habitación, se presentó en el recibo y tomó la nota que le extendía el mensajero. Evidentemente había sido garabateada en un apuro. Rezaba: “Señora Riglos, su esposo se ha descompuesto en mi casa y pide por usted. Loretana Chávez”. Más abajo detallaba la dirección. María Pancha entregó unas monedas al mensajero, mientras Laura explicaba las novedades a sus abuelos, su madre y sus tías.

—¿Irás a la casa de ésa? —se escandalizó la abuela Ignacia.

—Eres siempre tan oportuna, Ignacia —masculló don Francisco.

Laura le ordenó a Magdalena que enviara al doctor Eduardo Wilde a la dirección indicada en la esquila. Deprisa, con el cuarteto de brujas opinando a porfía detrás de ella, dejó la sala y se dirigió a su dormitorio para prepararse. El viejo Eusebio, cochero de toda la vida de los Montes, ya aprestaba los caballos. Media hora más tarde, cruzaban al galope la Plaza de la Victoria rumbo al barrio de San José de Flores.

La misma Loretana abrió la puerta. Laura apenas movió la cabeza en señal de saludo y entró, con María Pancha a su lado. Loretana las condujo en silencio. Julián yacía en la cama matrimonial de una habitación primorosamente decorada. Laura se acercó a la cabecera y contempló a su esposo detenidamente. Lucía pálido, y la mueca amarga de la boca indicaba que sufría. Se sujetaba el brazo izquierdo a la altura del pecho.

Julián parpadeó lentamente. Le tomó un momento reconocer a su esposa.

—Temí que no vinieras —farfulló, y Laura se sentó en la silla que le acercó Loretana.

—¡Cómo no iba a venir! —dijo en voz baja, compelida por las circunstancias, por el silencio, por la penumbra, por la poca fuerza que manaba del cuerpo de ese hombre al que había considerado invencible.

—Temí que no vinieras —insistió Riglos— porque me odias.

—No te odio —aseguró Laura.

—Sí, me odias. Y para nada cuenta que yo te ame más allá del entendimiento.

Laura percibió que Loretana se movía furtivamente y dejaba la habitación. Julián, ajeno al martirio de su amante, extendió la mano con esfuerzo, y Laura se la sostuvo. Se contemplaron directamente a los ojos.

—Deberías haberte casado con Loretana y permitido que yo lo hiciera con Nahueltruz Guor —expresó por fin.

—Jamás —replicó Julián—. No con un indio.

Laura se refrenó de confesarle que ese indio era hijo de su tía Blanca Montes, nieto de Juan Manuel de Rosas y del doctor Leopoldo Montes, biznieto del barón de Pontevedra, tataranieto del duque de Montalvo y sobrino segundo de Lucio Victorio Mansilla. Quiso

decirle, en resumidas cuentas, que por las venas de Guor corría sangre con más blasones y tradición que la de él. Y se abstuvo porque ella no había amado a Guor porque fuese un indio o un patricio, lo había amado simplemente por ser el hombre que era.

A pesar de que el doctor Eduardo Wilde bromeó con Julián y le aseguró que en pocos días volverían a encontrarse en la confitería de Baldraco, a Laura le refirió otro panorama. De ninguna manera se lo movería de esa cama; y así, Laura y María Pancha visitaron lo de Loretana a diario, por la tarde. Les abría la doméstica, las invitaba a pasar y, mientras Laura permanecía en la habitación junto a su esposo, Loretana aguardaba en la cocina. La presencia de la señora Riglos no la incomodaba, se disponía a soportar ese y otros inconvenientes siempre que Julián permaneciera en su casa, donde ella pudiera cuidarlo y mimarlo a discreción. Lo amaba como jamás pensó que llegaría a amar a ese hombre a quien, en un principio, sólo había considerado el mejor recurso para escapar del tedio y la mediocridad de Río Cuarto. Julián Riglos la había enamorado. La había hecho sentir a gusto con la seguridad que le brindaban su dinero y su experiencia; la habían complacido sus modos galantes, tan distintos de los de los soldados del Fuerte Sarmiento, y la entretenía la infinidad de anécdotas que solía relatarle; había vivido en Europa, y eso, para ella, equivalía a lo máximo que una persona podía aspirar. Le había prometido que algún día la llevaría.

En un principio, la sorprendió que un hombre así le rondara los pensamientos aun después de que dejaba la casa; con el tiempo terminó por admitir que el doctor Riglos encarnaba al príncipe azul de los cuentos de hadas que la convertiría en la princesa que ella añoraba ser. Julián la había protegido de las ferocidades de una ciudad grande y cosmopolita que la habría devorado sin misericordia; la había ayudado a mejorar y a superarse, y había satisfecho cuanto capricho y veleidad le había cruzado por la cabeza. Le había dado una hija, Constanza María, su razón de vivir. A veces, contrariada, la conciencia cargada de remordimientos, se preguntaba por qué Dios le daba tanto cuando ella había sido responsable de tanto dolor. A menudo evocaba sus años mozos, cuando sólo le importaba convertirse en una princesa de ciudad; se acordaba de las locuras y los desatinos; de Nahueltruz Guor también se acordaba, a quien seguía amando secretamente, un amor muy distinto del que sentía

por Julián, un amor menos agradecido y respetuoso, más carnal y mundano, más como la Loretana de antes.

Al quinto día, una tarde caliginosa en la que Julián había estado inquieto y molesto, Loretana pidió a la señora Riglos unas palabras. Laura, hastiada de la situación, molesta por el calor, aceptó a regañadientes y entró en el despacho. Loretana fue al grano y le dijo que tenía que pedirle perdón, que la conciencia así se lo dictaba.

—Sinceramente, Loretana —expresó Laura con agobio innegable—, no siento que deba perdonarte absolutamente nada. Tu relación con mi esposo...

—No es por eso que tengo que pedirle perdón.

Laura levantó las cejas.

—La conciencia me tortura por algo que sucedió años atrás, algo que cambió mi vida y la suya. A mí la fortuna me sonrió. Usted, en cambio, ha sido muy desdichada.

Laura se puso rígida. Las palabras de Loretana le habían herido el orgullo. No le gustaba que la gente supiera que era infeliz, que se sabía incompleta y frustrada. Desde su regreso a Buenos Aires, se había esmerado en crear la imagen de una mujer desprejuiciada y satisfecha. Aunque María Pancha opinara que quería tapar el sol con un dedo, Laura se afanaba en ese propósito. Que Loretana, a quien ella consideraba muy por debajo, le espetara la verdad tan meticulosamente celada, la irritó sobremanera.

—Su desdicha, señora Riglos —prosiguió Loretana—, es toda por mi culpa. Fui yo la que le dije al coronel Racedo aquel día en Río Cuarto que usted estaba en el establo.

Laura, que había evitado mirarla a los ojos, movió la cabeza con rapidez y le clavó la vista.

—Lo hice a propósito —admitió la mujer, decidida a exponer la verdad completa, a sacarse ese peso de encima de una vez y para siempre—. Sabía que Nahueltruz estaba enamorado de usted, los había visto juntos. ¡Ah, cómo la amaba! Me sentí morir porque yo creía que Nahueltruz era mío. Pero al verlo junto a usted me di cuenta de que nunca lo había sido. Y sentí rabia, despecho, celos... Y le dije a Racedo que usted lo esperaba en el establo porque sabía que Nahueltruz y usted estaban ahí, despidiéndose. Por mi culpa, Racedo y Nahueltruz pelearon ese día. Por mi culpa, Nahueltruz tuvo que matarlo y convertirse en un fugitivo. Por mi culpa...

Laura le propinó una bofetada de revés y Loretana lloró con angustia sincera, las manos sobre el rostro. Laura se quedó mirándola, la mente en blanco, atenta al llanto de Loretana, que terminó por crisparle los nervios. Quería que se callara. No soportaba su gemido lastimero, le martillaba los oídos. Un impulso malévolo la hizo mirar en torno. Sus ojos se toparon con el pisapapeles de mármol y sus dedos se cerraron en torno a él; los nudillos se le volvieron blancos y las uñas rojas. Lo levantó en el aire y se abstrajo mirando el contraste de su mano y el mármol verde, consciente del efecto de la piedra fría sobre su piel, de lo contundente que sería al caer sobre la cabeza de Loretana. Imaginó el sonido del cráneo al partirse y el olor metálico de la sangre, que se encharcaría rápidamente sobre la alfombra. El estómago le dio un vuelco y el asco le produjo ganas de vomitar. Como si la hubiese quemado, soltó el pisapapeles, que cayó con estruendo sobre el escritorio.

—Ni siquiera vales la pena —expresó al pasar junto a Loretana.

Julián Riglos murió esa noche, y Laura indicó a la compañía funeraria que buscara el cuerpo en el barrio de San José de Flores y lo trajese a la casa de la calle de la Santísima Trinidad, donde la capilla de la baronesa se aprestaba para recibir el ataúd.

Laura se arrodilló y el monaguillo hizo sonar la campana. “Aunque sea”, se dijo, “prestaré atención al momento de la consagración de la eucaristía”, y no volvió a dirigir la mirada hacia la columna de la izquierda.